

Pablo Piovano

SUPLEMENTO ESPECIAL

Qué cambió el 20 de diciembre

Escriben

Osvaldo Bayer

Miguel Bonasso

José P. Feinmann

Martín Granovsky

J. M. Pasquini Durán

Sandra Russo

Mario Wainfeld

UN MITO DE SOLAPA

Por Martín Granovsky

Pico máximo de la rebelión popular, momento culminante del descrédito de la política tradicional, instante simbólico de un golpe institucional, evidencia de la desarticulación política de la Argentina. Depende de cómo se mire el 2001 habrá un 20 de diciembre a gusto del consumidor. Pero, ¿tiene sentido fragmentar tanto el 20 de diciembre para quedarse con un retazo y convertir ese pedacito en una fecha mítica? El mito no tiene contradicciones. No puede tenerlas. Tampoco encierra pelea. Lo bueno es bueno y lo malo es malo. Bien a la argentina.

Antonio Gramsci fue uno de los teóricos marxistas más originales del siglo XX. Sin embargo, murió sin tener respuestas para un misterio del pensamiento humano: por qué la Argentina tiene tanta pasión por la lectura de solapa. Incluso, por la lectura del propio Gramsci.

Para el italiano, la sociedad civil era un terreno de conflicto, de luchas sociales, de discusión de proyectos hegemónicos. Pero la lectura de Gramsci al paso convirtió su riqueza en una caricatura de cuatro trazos:

- La sociedad civil es lo que se opone al Estado.
- La sociedad civil es lo mismo que la sociedad.
- Si el Estado es el aparato de control de las clases dominantes –y por eso incluye entre otras cosas la política y los políticos–, quiere decir que es malo.
- Si el Estado es malo, por contraste la sociedad es buena.

En los años '80 el Gramsci de solapa llevó a la santificación del mercado. Todo consistía en pensar que el mercado era parte de la sociedad y no del Estado. Una parte molesta, anárquica y difícilmente controlable, si se quiere, pero parte al fin de la dimensión social de las cosas, o sea la "buena". Era fácil, desde esa simplificación brutal, endiosar al mercado como el mejor modo de asignar funciones y recursos dentro de la sociedad. Así nació el Gramsci neoliberal, el Gramsci pata izquierda de la constelación ideológica de moda en todo el mundo.

En los '90 el neoliberalismo no dejó espacio ni para eso, con lo cual la caricatura del Estado y la sociedad sufrió un salto. Quedó suspendida y recién volvió a instalarse en la primera década de este siglo. La consigna "Que se vayan todos", cuando se expresa sin matices y en bruto, también quiere decir que todo lo malo está en el Estado y la política y todo lo bueno en la sociedad. Es como si en el Estado y la política no hubiera lucha. Y como si no la hubiera, tampoco, a nivel social. De esa manera habría que pasar por alto un conflicto esencial como la discusión de la deuda externa o un debate sobre la naturaleza de los nuevos partidos políticos. Habría que olvidarse de que la sociedad civil está formada por las ONGs que dan de comer a los hambrientos del barrio pero también por instituciones como el CEMA, encargada de formar los cuadros de la desigualdad.

Un año después del 20 de diciembre del 2001, sólo el Gramsci de solapa autoriza a pensar que la Argentina sería el mejor país del mundo si sencillamente se extirpara la política. La vitalidad social de este país es conmovedora. La gente organiza comedores, recupera empresas quebradas, transforma los piquetes en formas de autogestión, inventa nuevos métodos de lucha a partir del corte de rutas, hace florecer la cultura y afronta la sustitución de importaciones con un empuje solo parecido al de 60 años atrás. ¿Alcanza? La pregunta sería si, carente de articulación política, la vitalidad social se basta aunque más no sea para sostenerse en el tiempo. Es una pregunta para todos, pero especialmente para los dirigentes y fuerzas de izquierda y centroizquierda, más allá y más acá de las elecciones. Y aquí se da una paradoja. Por un lado, este espacio político hizo todo lo posible en los últimos años para consumar su autodestrucción. Por otro, la aparición permanente de nuevos líderes –de Elisa Carrió a Víctor De Gennaro, de Aníbal Ibarra a Hermes Binner– revela que ni siquiera el fracaso sistemático y la estupidez propia alcanzan para derrumbar las ilusiones de buena parte de los argentinos de contar, aquí también, con una alternativa como el Frente Amplio uruguayo, el Partido de los Trabajadores de Brasil o la alianza social que en Ecuador llevó a Lucio Gutiérrez a la presidencia.

La diferencia es que en la Argentina el momento de construir la identidad de cada uno –momento fundacional e insustituible de cualquier fuerza política– suele ser eterno. Y que todo es divisible por dos, incluso cuando, como en el caso del bloque de diputados de Autodeterminación y Libertad, la fuerza de Luis Zamora, se trata literalmente de dos. Y que todo, a la vez, cumple el principio de reducción a la unidad, al estilo del ultrapersonalismo del ARI.

Puede ser que la anterior sea sólo una impresión. Que el momento de la identidad dure poco, muy poco, y que muy pronto las principales fuerzas del espacio de centroizquierda puedan articular una misma política liberándose de la atadura ridícula, casi religiosa, según la cual no hay que coincidir solamente en una propuesta concreta sino en los fundamentos teóricos de esa propuesta. Pero, ¿y si no es una impresión? ¿Si otra vez los tiempos no coinciden y todo se diluye? Alguien, desde una mezcla de Carlos Marx con la Providencia, podrá decir que si eso ocurre es porque tenía que ocurrir. Fatalismo puro.

Pensar el 20 de diciembre del 2001 como una muestra de que con la voluntad alcanza (¿alcanza para qué, por otra parte?) sería un espejismo retrospectivo. Y tirar la voluntad al tacho también. Si hay algo que el triunfo de Lula revela es que la voluntad política puede construirse. Por eso tal vez no haya que apurarse en imaginar de ahora hacia atrás, con ansiedad, un 20 de diciembre recortado y mítico. Porque no está escrito en ningún lado que el 20 de diciembre haya sido otra cosa que un cruce fugaz entre la crisis de la convertibilidad especulativa y el descrédito de la política tradicional, pero tampoco está escrito que del hartazgo del modelo económico no pueda surgir una reacción a la brasileña.

O sea: puede no llover sopa, pero también llover y que uno esté con el tenedor en la puerta de casa, o llover y que uno busque la cuchara. Da la sensación de que ahora llueve sopa. ¿Habrá cuchara? ▌

Enrique Garcia Medina





DyN

Por J. M. Pasquini Durán

Un año después continúa la controversia de las interpretaciones. Los que creen que después de tumbar al gobierno de la Alianza "nada pasó" a favor del pueblo son contestados por los que creen que aquel día surgió una situación prerrevolucionaria que sigue vigente y los terceros en discordia opinan que un movimiento espontáneo, sin dirección ni representación política propias y confiables, no puede tomar el control de los asuntos públicos ni modificarles el rumbo. Cada opinión, con las secuelas de matices y variantes, tiene a mano la artillería ideológica que sostiene sus argumentos. Hay, sin embargo, otros análisis posibles que permiten eludir las respuestas simplificadas o los diagnósticos cerrados, que por su propia naturaleza absolutista más bien parecen dogmas antes que explicaciones o guías.

Por lo pronto, aquel 20 de diciembre puede ser anotado, sin temor a equivocarse, como un momento de inflexión decisiva en el derrotero del cuarto de siglo anterior, una especie de final de época. Ese día colapsaron, en la credibilidad pública, los procedimientos de la vieja política que se encarnaba en un bipartidismo mayoritario que intentó perpetuarse mediante el Pacto de Olivos (Menem/Alfonsín) y la subsiguiente reforma constitucional de 1994. "Que se vayan todos" sintetizó la réplica del sentimiento popular de hartazgo. Al mismo tiempo, perdió hegemonía absoluta la doctrina conservadora de la economía, también llamada "neoliberalismo", del ajuste permanente y la exclusión masiva, que había instalado Martínez de Hoz con el terrorismo de Estado y se prolongó en un zigzag de contradicciones crecientes durante más de una década de democracia.

En los procesos revolucionarios, la sustitución del viejo régimen por el nuevo es una secuencia drástica y tajante. En democracia, el relevo demora un tiempo impreciso porque los cambios son graduales, con avances y retrocesos, que ponen a prueba la voluntad, la energía y la perseverancia del movimiento transformador. El viejo régimen que ha controlado por décadas el ejercicio del poder tiene una capacidad de resistencia que es mejor no subestimar. Hace un año apeló a la represión despiadada que mató a no menos de treinta manifestantes y hasta hoy esos crímenes siguen impunes. Desde entonces no dejó de maniobrar para conservar posiciones y acorralar al movimiento de protesta en un callejón sin salida, donde las opciones vuelven a ser las de siempre: Menem, Duhalde & Cía.

Mientras tanto, en el mismo plazo, la rebelión popular fue adquiriendo formas diversas y fragmentadas que sobrevivieron a la explosión circunstancial. También en este asunto hay hipótesis diversas, desde los que anuncian el entierro de las asambleas hasta los que fantasean con el traslado del poder a esas mismas congregaciones vecinales, con visiones otra vez extremas y absolutas. No hay una verdad general, sino evoluciones parciales y diferentes, como ocurre con naturalidad cuando la diversidad de lo plural confluye en un punto común. En tanto la derecha trata de aferrar el timón con las dos manos, las vanguardias de izquierda, más presuntas que reales, imaginaron que por fin había llegado su hora de masas.

En ambos extremos hay grados de obnubilación porque subestiman o sobrevaloran la capacidad de una acción civil voluntaria, sin disciplinas orgánicas ni subordinaciones ideológicas. Algunos, despechados, rezongan contra las clases medias porque, dicen, sólo se mueven cuando les tocan los bolsillos. Si fuera así, razón de más para redoblar las tareas que lleven claridad a esas conciencias invertebradas, antes que las propuestas autoritarias, con promesas de "soluciones" tajantes y rápidas, gane la voluntad de los aturdidos y los indecisos. Es evidente que la redención no vendrá de la mano de una minoría, porque la dimensión de las dificultades a vencer y el poder de los adversarios sólo podrán ser vencidos con el empuje sostenido de mayorías, lo cual incluye al ahorrista y al piquetero, en un frente social y político que requiere de un alto grado de tolerancia y mutua comprensión, por ahora ausentes como tendencias predominantes aunque hay esfuerzos aislados que apuntan en esa dirección.

El 20 de diciembre abrió enigmas que permanecen, por ahora, sin resolver. Como dice el cuento del viejo militante, "cuando tenía todas las respuestas me cambiaron las preguntas". Esa proyección de caminos sin explorar es, quizá, el saldo más desafiante de aquella jornada que ya es leyenda, en el país y en el mundo. Aunque sólo fuera por eso, vale la pena recordarla, en la calle y en la reflexión, antes que el protocolo de la impotencia la reduzca a un aniversario de nostalgias, en homenaje a lo que pudo ser, en lugar de un impulso hacia adelante, hacia lo que debe ser. ■

Bernardino Avila



DE MONSEÑOR A BAKUNIN

Por Osvaldo Bayer

El país argentino de hoy se asemeja a lo que ocurre en mi asamblea barrial de Belgrano-Núñez. El domingo nos reunimos en la calle frente al ex Colegio Normal Nº 10 porque la Policía Federal no nos dejó entrar al edificio. Hablamos de la situación general del país en la forma más abierta y pacífica. Una verdadera barra de hierro de policías nos rodeó, pero dándonos la espalda. Era todo un símbolo. Los vecinos escuchando a los oradores y la policía en un círculo encerrándolos, pero de espaldas. Pues bien, eso es la Argentina. El pueblo que quiere saber de qué se trata e intervenir en la solución, y el poder de espaldas siempre atento a la represión y no al diálogo. A pesar de las palabras edulcoradas que a veces deja escapar el padrino menor de Lomas de Zamora a cargo. Y de algún que otro paquete de comida y un Plan Trabajar.

Todo está a la espera. El campo político, un desierto desde cuyas orillas se observan grupos mercenarios que levantan las viejas banderas. Cada uno con uniforme propio y el mismo retrato del general sonriente, con una cola de niños que pasan sus lenguas por las latas de conserva usadas. Los radicales terminaron finalmente por abrirse las barrigas y derramar los intestinos de los correligionarios; la próxima se buscarán la yugular. Profundidad política. Producto de 86 años de componer para mantener. Si los aliados tienen uniforme, mejor.

La Argentina, a la espera. Pero esta vez no está grávida. Lo estéril, domina. En la Casa Rosada se está empollando el gran período que viene, el del padrino menor de Lomas de Zamora como salvador de la patria. Esta vez también con el ministro Jaunarena radical, y con Alfonsín que les cuida las espaldas y hará el guiño preciso. Mientras Brinzoni seguirá esperando, paciente y para siempre sentado sobre el caso Margarita Belén. Otra vez Alfonsín, más viejo, sí, pero siempre dispuesto. Para que la Argentina siga su ruta, no abandonar el radicalperonismo o el peronismorradical. Pero, como decíamos, con Jaunarena siempre listo.

Las dos Argentinas: la que espera ya sin paciencia, y la que retiene los hilos para mover los muñecos. El paisaje es desolador, el desierto ya va tomando olor a podrido. No hay brotes verdes. Pero sí raíces nuevas. Lo de las asambleas populares es indudable. Lo de los piqueteros es indudable. Lo de los trabajadores que han puesto en marcha fábricas y establecimientos abandonados por sus patrones, es indudable. Que en lugares como Esquel se levante el pueblo contra la ponzoñosa venta de oro, es indudable. En la Rosada no se puede dormir porque los coros obedientes de uniformados y no uniformados oye ruidos nocturnos, como de motores en funcionamiento. Que han comenzado a mover el monstruo donde cocinaron Videla y el jeque camelista la desaparición de la República.

El pueblo ya camina. Lula podría encontrar su brazo derecho argentino para el sueño de Bolívar. Pero la izquierda argentina no conoce la palabra unidad. En Mar del Plata se ha asomado algo. Tal vez el largo camino hacia esa unidad. Mientras tanto, el padrino de Lomas de Zamora tiene puesto el chaleco antibalas de la maldita policía y Brinzoni nos mira por el ojo de la cerradura. Por las dudas, el padrino de Lomas no nombra a ninguno de la línea Jauretche sino a Prat Gay. Una especie de corte de manga a todos los que sueñan el país latinoamericano y un beso en el trasero del capital. No pagamos pero obedecemos. Somos pobres pero no apresurados.

Vivimos una Argentina diferente, desde aquella masacre radical otra más del 20 de diciembre. Los que vivían bien siguen viviendo bien. Lean las ofertas turísticas, mientras los pobres pasaron a ser pedigüeños o rebeldes. El padrino de Lomas de Zamora les presenta dos opciones: o el paquete de la Chiche o los métodos argentino-bonaerenses aplicados a Darío y Maximiliano. Y ahora viene la otra camada de la Bonaerense, aquella que se robó el buffet entero. Y también Rico, Patti y Bussi esperan en el escenario. Uniformes de la patria. Como dijo el jeque lagotero: a la Argentina la salva la pena de muerte. Pero menos para él que ya tiene todo seguro en Suiza. Pena de muerte para los ladrones de gallinas pero no para Hernández ni para Kohan. Todo en su medida y armoniosamente.

Se va acabando nuestra democracia de 86 años con sólo dos partidos políticos y las dictaduras militares. Yrigoyen y Perón, un solo corazón. Convertido hoy en Duhalde-Alfonsín, unámonos para salvarnos. Mientras Moreau y Terragno nos muestran de lo que es capaz la unidad radical.

La democracia está en la calle, el pueblo está en la calle, las mujeres están en la calle. Desde las ventanas nos observan los comisarios. Los ejecutivos están tranquilos. Lo importante es que Macri se ponga de acuerdo con Bianchi. Después lo demás se arregla fácil. Ya el Riachuelo ha mostrado para qué sirve. Monseñor desde la catedral repetirá que somos todos hermanos. Bakunin, en cambio, nos repetirá lo del espontaneísmo de las masas. El pueblo es humillado hasta el hartazgo, hasta que uno, uno solo, sale a la calle y tira la primera piedra. Y en ese momento, detrás de él salen un millón de sedientos de justicia.

LA HERENCIA VACANTE

Por Miguel Bonasso

Con esa visión cortoplacista, ahistórica, a la que son muy afectos algunos "observadores" locales, se ha puesto de moda decir que el 20 de diciembre no cambió nada en este país. Al cabo, sostienen muchos analistas apresurados, los que debían irse permanecen atornillados a las poltronas y los ciudadanos seguimos padeciendo la anacrónica interna Menem-Duhalde, como hace una década, cuando el Turco le cortó el camino presidencial al Cabezón, gracias al Pacto de Olivos. Es, en todo caso, una verdad parcial; es decir, una mentira.

Si fuera cierto que la protesta social se desinfló, el Gobierno no chantajearía a los que quieren movilizarse hoy con el fantasma de la violencia y el menemismo no usaría sus abundantes recursos para generar posibles saqueos y provocaciones que ayuden a reinstalar al Le Pen de Anillaco, esta vez como garante del "nuevo orden".

Los grandes acontecimientos históricos, y el 20 lo fue, no se miden con una vara tan corta; sus causas profundas suelen sustraerse a la mirada superficial y sus consecuencias tardan en tornarse evidentes.

Lo que sí parece indudable y debería convocar a una profunda autocrítica de quienes se oponen al statu quo económico y social es que ninguna fuerza política y ningún liderazgo individual ha sabido (hasta ahora) contener y proyectar hacia el futuro la formidable energía ciudadana liberada en aquellas jornadas inolvidables del año pasado. En la izquierda ha seguido primando el sectarismo y la tendencia irrefrenable hacia la división cariocinética; en el centroizquierda, una construcción clásica del poder de representación que se basa en los liderazgos personales antes que en el acuerdo colectivo y transpartidario de los acuerdos a lograr. Una suerte de Pacto de la Moncloa del campo popular que defina los objetivos por encima de los eventuales liderazgos. Los resultados de esas estrategias unipersonales de corto vuelo están a la vista: ninguno de los candidatos "potables" supera el 15 por ciento de la intención de voto. Porcentaje magro que empequeñece aún más, si se considera la formidable masa de abstenciones que puede producirse en los comicios, repitiendo y aun aumentando el voto-bronca que caracterizó a las elecciones de octubre del año pasado.

Este cuadro negativo no alcanza a modificarse todavía, a pesar de un hecho auspicioso producido en estos días: el congreso de la CTA en Mar del Plata proclamando la voluntad de constituir un nuevo movimiento político y social que llegue a ser para nuestra golpeada sociedad lo que el PT representa para Brasil.

Pero la descripción realista del pasivo popular no debe afectar el conjunto del balance. El activo no es desdeñable. La gesta del 20 de diciembre cambió muchas cosas en nuestro país: restableció la idea de nación y la noción de pueblo en vez de ese eufemismo dietético de "la gente". Puso fin al largo terror instalado en el inconsciente colectivo por la dictadura militar. Le dio cauce a una nueva rebeldía juvenil que para muchos había quedado confinada a los años setenta. Estimuló alianzas entre las capas medias y los trabajadores desocupados que poco antes eran impensables.

Este último factor de clase (o de alianza de clases) resulta decisivo para entender cabalmente el fenómeno que estamos viviendo y organizar una nueva representación popular.

Enrique Garcia Medina



Los escépticos sostienen (de manera bastante superficial) lo mismo que dicen los punteros duhaldistas: "La clase media salió a cacerolear porque le tocaron la víscera más sensible que (Perón dixit) es el bolsillo. A medida que le vayan abriendo el corralito y el 'veranito' de Lavagna se vaya volviendo más permisivo, retornarán mansitos al tradicional no te metás". Este razonamiento es erróneo por varias razones. En primer lugar porque omite un dato fundamental: no todos los hombres y mujeres de la clase media que salieron a cacerolear eran ahorristas embargados. Muchos eran ciudadanos que se habían caído de la clase de un miércoles para un jueves. Conservaban sus pautas socioculturales de clase media pero habían perdido las pautas socioeconómicas de consumo. Arrojados a la marginalidad, a la "nueva pobreza", representaban (y representan) un fenómeno desconocido en otros países de América latina con esquemas seculares de pobreza. Ellos fueron y seguirán siendo actores centrales del descontento. En segundo lugar, si reconocemos como válida la premisa de que la conciencia nace de la práctica y no al revés debemos concluir que esa práctica nueva de las asambleas, de los comedores solidarios, de los clubes de trueque y de los miles de ingenios sociales que la sociedad gestó para suplir el abandono estatal, deben haber modificado conciencias abotagadas por el desaforado individualismo de los años del menemato.

¿Qué decir entonces de sectores mucho más despojados y más activos? Cualquier sociólogo adocenado, cualquier inspector de revoluciones de los que nunca faltan, habría descartado de plano que los trabajadores desocupados pudieran organizarse. Sin embargo, el piquete que viene de las huelgas fabriles siguió en las rutas cuando las fábricas desaparecieron. Hoy, con sus distintas fracciones, el movimiento piquetero mueve decenas de miles de hombres y mujeres que luchan por su dignidad y ha venido creciendo de manera exponencial, como los cartoneros y los motoqueros y todos los "eros" del "subsuelo de la Patria" que no existen para los grandes medios. Y han ganado en masividad y también en madurez política. Aun las asambleas, que "el país formal" da por agotadas, siguen ocupando locales para la solidaridad con los trabajadores que rescataron fábricas abandonadas o vaciadas por los patrones, para hacerlas producir con gran eficiencia.

Los actores sociales que produjeron el 20 de diciembre podrán estar aún divididos, pero siguen activos y han crecido en conciencia, en organización y madurez. De ellos, que constituyen el "país real", debe surgir la alternativa política. O la democracia argentina puede ingresar en una zona de riesgo. ▮

Enrique Garcia Medina



Por Sandra Russo

EL CONSENTIMIENTO

Me había pasado el 19 estremecida, como todos, viendo por televisión las imágenes de los saqueos. Y también, como todos, asomándome a la incertidumbre de lo que vendría. Esa noche, estaba en mi cuarto viendo TN: De la Rúa acababa de pronunciar su mensaje hablando de "los violentos" y declarando el estado de sitio. De pronto, algo sonó. Algo raro sonó. Pensé que era el aire acondicionado, que fallaba. Esa noche todo podía romperse. Pero mi hija entró gritando a mi cuarto: "¡Los balcones, mamá! ¡La gente en los balcones!".

Vivimos en Palermo, en un departamento interno. Subí la persiana y en el departamento de enfrente, separado del nuestro por un jardín común, vi a Marta, mi vecina, mirando los edificios de alrededor. En todos ellos había gente, y recién entonces logré decodificar el sonido de las cacerolas. Mi hija y yo salimos a la calle con la primera olla que encontramos, una de teflón que quedó hecha pomada. Marta, en cambio, llevó con ella un tambor de hechicera de no sé qué extraña tribu.

Esa noche dormí con la tele encendida, con un sueño entrecortado, ligero y nervioso. A la mañana siguiente tenía turno con mi analista. Llevábamos más de doce años de terapia. Ella intentó dos o tres veces darme el alta, pero cada vez que lo hizo a mí me sobrevino algún desastre, y lo máximo que habíamos logrado era espaciar las sesiones a una o dos veces por mes. En la mañana del 20, antes de salir para el consultorio, vi por la tele que la Plaza de Mayo había amanecido con gente desperdigada, insomne y tozuda, que mantenía aislado pero constante aquel sorprendente compás cacerolero. A las doce llegué al edificio de Junín y Ayacucho y toqué el timbre. Mi analista bajó unos minutos después y nos miramos. Nos dimos un beso pero no sonreímos. La tensión era inmanejable. Subimos en silencio los siete pisos que me separaban del diván. Entramos, me senté. Volví a pararme.

Hoy no tiene sentido estar acá, le dije. Ella me dedicó toda su atención. Fue la última vez que lo hizo, porque después de doce años fue ese día, aquel 20 de diciembre, cuando decidí, sin saber lo que hacía, darme a mí misma el alta. No puedo estar acá hablando de mí. Tengo que irme.

¿A dónde vas?, me preguntó.

No sé, a la Plaza.

Ojo, fue lo que dijo.

Y me fui. Después todo es confuso. No llegué a la Plaza, era imposible. Ya pasaba el mediodía y la gente llegaba desde todas las direcciones. El fulgor de la noche anterior y la tensión sorda de esa mañana ya estaban convirtiéndose en ahogo, en gritos, en masacre. Di vueltas por los alrededores y vine al diario. Un rato después, en la recepción, se refugiaba un grupo de gente que venía huyendo de la salvajada policial. Esta zona de la ciudad olía a gas y a desesperación.

Nunca nadie todavía pudo explicar cómo un gobierno paralítico y arterioesclerótico como el de la Alianza pudo terminar de un modo tan bestial. Nunca nadie todavía pudo explicar por qué De la Rúa no huyó en su helicóptero simplemente como un fracasado y un cobarde, en lugar de hacerlo, además, como un asesino. Treinta muertos, me lo repito, porque en este país se olvida fácil. Treinta personas muertas y no muertas a secas: treinta baleados, treinta elegidos al azar por quién, por qué, para qué. Fue una inercia, me contesto. Fue una reacción del gusano fascista jamás domesticado y siempre al acecho, siempre dispuesto a lo aberrante. Fue la advertencia: la fuerza bruta no retrocederá si es invitada a retroceder por el sentido común y la buena voluntad. La fuerza bruta sólo retrocede si el poder deja de respaldarla.

Todo lo que siguió a partir de aquel día, las asambleas, los piquetes, los comedores, las marchas, los apagones, los llaverazos, las diversas formas de asociación, las demostraciones de conciencia civil, todo eso, fue lentamente desgastando su encanto, desenamorándose de sí mismo. No es de un día para el otro ni de un año para el otro que un país cambia. Por lo menos este país no. No es de un día para el otro que se construye una identidad, y todavía no sabemos quiénes somos.

El único juego que sabemos jugar es el solitario. Compartimos la indignación y el hartazgo, pero no sabemos jugar juntos a otra cosa. Lo colectivo no nos sale. Falta práctica, experiencia y deseo. Falta astucia. No sabemos priorizar intereses, y terminamos siempre peleando por nimiedades o erizándonos por estupideces mientras el aparato político y económico tiende sus redes y nos confunde.

En algún sentido, somos niños de un año que todavía caminan inseguros y no saben a qué brazos entregarse. El "que se vayan todos" fue pronunciado cada mes con menos convicción. La derecha se reafirma y la izquierda hace los papelones de costumbre. Las encuestas electorales dan ganas de llorar. No importa su porcentaje, el solo hecho de que en ellas figure Carlos Menem es un indicio de que a este país todavía le falta sacudirse toneladas de mugre, blanquearse ante el espejo, sacarse la máscara, decidir si va a apostar a algo distinto o si la apuesta es a que en la nueva repartija de inmoralidad y deshonra a cada quien le toque alguna feta de privilegio.

Cada vez que muere alguien, cada vez que alguien es asesinado, sus deudos, tal vez para mitigar el dolor o quizá para abonar con ese dolor alguna nueva forma de esperanza, dicen que esperan que "esto sirva para algo" o "que ésta sea la última vez". A aquellos treinta muertos de diciembre les siguieron, más tarde, Kosteki y Santillán. No los mató la misma mano, pero sí el mismo país.

Si algo cambió aquel 20 de diciembre, es que ahora sabemos (queramos saberlo o no) que consentir el robo, la apatía, la corrupción y la mentira, tarde o temprano es consentir la muerte. Que cada uno se haga cargo de su consentimiento: es la forma barata de la complicidad. ▌

CAMBIO MUCHO / POCO / NADA

Por José Pablo Feinmann

Gonzalo Martínez



MUCHO

Una jornada masiva exitosa puede sostenerse en el tiempo o puede devenir una liturgia, un rito, algo que se sigue haciendo por evocación o por tratar de obtener –por medio de la repetición– lo que originariamente se obtuvo. Pongamos un ejemplo: el 17 de octubre de 1945 fue un hecho de masas genuino que consiguió alterar el rumbo de la política argentina. Después pasó a ser un ritual, no ya destinado a cambiar un orden sino a sostenerlo, a sostener el orden que se había consolidado con el acto de masas originario. No voy a descubrir aquí la dialéctica de la reificación, de la cosificación de los hechos históricos. Surgen nuevos, instalan lo nuevo y luego, por medio de su repetición ritualística, dogmática, consolidan lo establecido, no están al servicio de la dinámica histórica sino al de su sacralización. El 17 de octubre, luego del surgimiento inicial del '45, deviene liturgia, fiesta oficial, y cuando las masas son requeridas nuevamente ya no hay nada que las movilice porque el instantaneísmo glorioso de la gesta original no consolidó en una organización sino en un ritual consagratorio de las conducciones, un ritual paralizante. Con el primer peronismo, cuando hubo que salir de nuevo, cuando hubo que frenar la embestida oligárquica, ya no salió casi nadie, dado que las masas se habían consagrado más a festejar al jefe y a la gesta originaria que a reproducirla creando los canales organizativos que lo permitieran.

Este es el peligro de una gesta popular como la del 20 de diciembre. Cambió, ese día, mucho. Cayó un gobierno que no se representaba ni a sí mismo. Un clan sombrío. Casi una historia familiar tejida de ambiciones y dramas de culebrón. El pueblo se adueñó de la plaza histórica. La clase media abandonó su clásica pertenencia al ámbito privado. Los sectores carecientes, los hambreados y los militantes más auténticos dieron su batalla. Fue, en muchos sentidos, un 17 de octubre. Con una diferencia fundamental, diferenciada y nueva: no instaló *otro* gobierno, ya que no salió a eso. Perón pudo salir a los balcones de la Rosada el 17 al anochecer y lanzar su célebre consigna de orden: mandó a los movilizados a sus casas. Los protagonistas de la jornada se fueron porque lo que querían, verlo a Perón en los balcones de la Casa de Gobierno, estaba cumplido. El 20 de diciembre las masas no fueron a peticionar por la libertad de ningún político sino todo lo contrario: que se vayan todos. Hubo que desalojarlos con una represión brutal y sangrienta. Así, el 20, las masas no consagraron un líder, se consagraron a sí mismas. No delegaron su fuerza, la continuaron asumiendo ellas. Este fue un hecho totalmente nuevo en la política argentina y –desde este punto de vista– podemos afirmar que el 20, sí, fueron muchos los cambios. El poder fue asumido por la base, ejercido por ella, no delegado. Había nacido la práctica de la democracia directa.

Enrique García Medina



POCO

A lo largo del año, esas fuerzas no consolidaron lo que prometían, lo que debían consolidar. Será aconsejable recordar que el movimiento piquetero no es una creación del 20 de diciembre, sino que viene de largo tiempo antes. No es casual que siga siendo el más consolidado. Donde se avanzó poco es en la consolidación de la democracia directa. Las asambleas populares se han debilitado por dos motivos: 1) éxodo de la clase media economicista, que, al ver en buena medida solucionados sus problemas con los bancos, que dieron como origen el insólito liderazgo de Nito Artaza, emprendieron el regreso a ese lugar de donde no suelen salir: la casa y el televisor; 2) dificultades organizativas propias del horizontalismo que implica la democracia directa. Es decir, la dificultad de establecer liderazgos genuinos. Dificultad en la que radica la debilidad organizativa de esos nucleamientos. En rigor, el problema que plantea una movilización espontánea como la del 20 es el de cómo organizarla sin matar su vitalidad originaria. ¿Cómo se sistematiza lo espontáneo? Si lo espontáneo es la libertad, la creatividad absoluta, ¿cómo habría de transformarse en grupo constituido, en organización sin perder sus atributos originales? Son problemas tan viejos y tan complejos como la historia misma de la humanidad. Nosotros no los creamos, y acaso tampoco podamos resolverlos. Insisto: el problema central de todo movimiento de masas espontáneo es el de cómo organizarse sin matar su espontaneidad. Ni la Revolución Francesa ni la Revolución Rusa pudieron solucionar esto. El Terror organizó la fresca vitalidad de la toma de la Bastilla, y Stalin sistematizó la del Palacio de Invierno, en ambos casos: matándolas. La historia no es un cuento de hadas y sus trampas son infinitas. No obstante, siempre hay que insistir en la creación. Siempre habrá que volver al momento originario, al 20 de diciembre: en la recreación de ese espíritu estará la posibilidad de avanzar.

NADA

La clase política no sólo no se fue sino que se quedaron todos y no cambiaron nada. Por decirlo claro: el poder que, desde la base, se logró el 20 de diciembre no tuvo casi influencias en la política oficial. La democracia directa y la "representativa" siguieron caminos diferenciados, no se tocaron. Los de "arriba" parecieron desconocer la existencia del 20 de diciembre. El peronismo lo capitalizó de inmediato y puso a toda su gente en lugares de poder. Los radicales no hicieron autocrítica. De la Rúa anda por ahí y los muertos del 20 siguen muertos y sin justicia. La desvergüenza de la clase política ha seguido como si tal cosa. Las internas son siniestras (en el justicialismo) y bochornosas (en el radicalismo). La izquierda se divide una y otra vez, y buscó –cosa que no debió haber hecho– aparatear las asambleas. Sólo la solitaria figura del ministro Lavagna introdujo una diferenciación en el elenco oficial. Y el regreso de alguien que –antes de que se lo pidieran– ya se había ido: Chacho Alvarez.

Sería sensato concebir el contrapoder de las asambleas y de los piqueteros como un poder de presión, de poderosa presión, para lograr que la clase política cambie sus hábitos nefastos. Pareciera no querer hacerlo. Debería saber que, en caso de empeñarse en mantener la misma política que generó el primer 20 de diciembre, habrá inexorablemente otro, y tendrá más sonido y más furia. ▌

AFP







EL FIN DE LA INFANCIA

Por Mario Wainfeld

Si una o dos jornadas sellan un fin de época, queda claro que no son una ruptura de la historia sino, más bien, una aceleración de su continuidad. La –fenomenal y feroz– crónica del 19 y 20 de diciembre de 2001 no debería ocluir la percepción de que todo lo que cambió ya venía cambiando, de que todo lo que cesó venía caducando, de que –si se me permite una metáfora banal– el cuerpo que se estrelló contra el piso venía cayendo desde el piso 30. Lo que sellaron el 19 y el 20 de diciembre fue el fin de una etapa infantil e individualista de buena parte de la sociedad argentina.

La convertibilidad no fue, apenas, un plan económico. Fue un proyecto de país acompañado –en las urnas y, lo que es más denso, en la adopción de estrategias individuales de vida– por muchísimos argentinos de bien, que eran en verdad sus víctimas. La Argentina renunció a tener moneda, por ende a tener política monetaria, y luego a tener política económica. Endeudó con magra contrapartida los activos públicos, renunció a la renta petrolera y –ya que estaba– a imponerla con impuestos. Atomizó sus sistemas de salud y de educación. Hizo de la fragmentación social, política y económica una estrategia. Dejó librados a su suerte a los más débiles: pobres, viejos, mujeres, provincias chicas, municipios alejados de los grandes centros urbanos. Narcotizados por algunos años de pseudo bonanza, millones de argentinos se plegaron, de a uno y en fila india –como hacían precisamente los indios en las viejas películas de vaqueros, para que los mataran mejor–, a esa estrategia demoledora.

Muchos creyeron que el quiosco, el remise, el taxi, el plazo fijo, el retiro voluntario, les servirían para entrar por alguna puertita al paraíso globalizado. La democracia delegativa fue aceptada mansamente por millones de víctimas que no se percibían como tales, renunciando así a su derecho de legítima defensa. Muchos ciudadanos argentinos, en el Conurbano o en Cutral-Có, creyeron que zafarían de a uno lejos de la fábrica, del sindicato, sin YPF, alienados del ferrocarril. Compraron espejitos de colores y se miraron en ellos por años, viéndose, durante un lapso, rubios, altos y de ojos celestes.

La mayor responsabilidad de esa diáspora la tuvieron los dirigentes políticos y la aplastante mayoría de los intelectuales. La imbecilidad del pensamiento cavallista tuvo una hegemonía afrentosa en los ámbitos institucionales, universitarios e intelectuales. Una década se tardó en alumbrar un Plan Fénix que debió ser pensado el mismo día en que se adoptó el –por definición– contingente y de difícil salida de la convertibilidad. Y hablamos de los mejores, de quienes saben oponerse.

La destrucción del Estado y de la sociedad tuvo como socio del silencio al miedo disciplinador, hijo bastardo de la dictadura militar y de la hiperinflación que hizo bajar la guardia, aceptar el orden y la estabilidad (dos valores en esencia conservadores) como vigas de estructura de la sociedad y posponer los tradicionales reclamos de equidad, distribución del ingreso y solidaridad. El dibujo de Rep publicado ayer en la contratapa de **Página/12**, que ilustra esta nota, supera todo texto escrito sobre el punto y a él me remito.

Sirva el dibujo para cambiar de pantalla. Cuando empezó a terminar el miedo, terminó también la parálisis y cierta forma perversa de infancia. Cuando, en esos días fundacionales, el pueblo argentino salió a la calle, desafiando el estado de sitio, decidió volver a ser pueblo. Volver a pelear por su destino, hacer del número poder. Inició un trabajoso camino en pos de un diagnóstico más preciso del país. Un diagnóstico que registra datos que parecen obvios, pero que fueron traspapelados por añares: que el imperio persigue su interés y no el nuestro, que los bancos extranjeros son precisamente eso, bancos extranjeros. Que la corporación política ya no representaba a nadie y que debía ser permanentemente desautorizada y, de ser posible, desplazada. Que cada uno debe reclamar enérgicamente por sus derechos. Que las calles, las rutas, las plazas históricas son el territorio donde se hacen valer los humillados y los ofendidos. Que todas las luchas populares deben confluir, que el futuro es difícil, pero que el único modo de enfrentarlo es con protagonismo.

Se ha puesto de moda demostrar los límites y los equívocos de las consignas de época. Sin embargo, a la hora del balance, cabe advertir que "Que se vayan todos" y "Piquete y cacerola, la lucha es una sola" son esquemáticas, pero tienen la frescura de lo popular y la sabiduría básica de la consigna política, están rumbeadas al norte correcto. Lo fatal fue el silencio de los inocentes durante una década y sobre todo las paparruchadas (ora ignorantes, ora abdicantes, ora canallas) que se dijeron o escribieron desde centros del poder y del saber sobre la "modernización", la "flexibilización laboral", "la inexorabilidad de la globalización" y otras gansadas. Hoy son mayoría los argentinos que saben quiénes son sus enemigos, quiénes sus adversarios, que no creen en la bondad del Fondo Monetario o de la banca foránea, que saben que su destino depende de sí mismos. Con una templanza notable han sabido salir a la calle y controlar sus reclamos, autolimitarse en la queja, dialogar con sus pares.

Mucho falta por hacerse y hasta parece ingenuo ser optimista tras un año devastador, pero lo cierto es que la sociedad argentina maduró, dejó de creer en tonterías y sobre todo en delegar en manos inhábiles y corruptas. Duro es ser pueblo y querer ser una Nación en un país pobre y devastado. Duro es hoy mirarse en el espejo y ver un país pobre, desigual, hambreado, humillado. Peor es ser individualista, banal, delegativo en política, insolidario. Peor es no entender que cada uno es cada cual. Ser maduro tiene su precio, pero es siempre mejor y más digno que dejarse lobotomizar por el enemigo. Lo demás, claro, está todo por hacerse.